

## Peñaflorida y Toulouse (estado de la cuestión)

Antonio Risco  
Université de Toulouse II  
CRIC. Equipe XVIIIe

De entrada, el avezado lector habrá advertido que en el título de este trabajo se utiliza la conjunción "y" (*Peñaflorida y Toulouse*), y no la preposición "en" (*Peñaflorida en Toulouse*), distinción semántica con la que estoy prudentemente diciendo que de la estancia en Toulouse de Xavier María de Munibe, conde de Peñaflorida, poco sabemos, si a la búsqueda y explotación de la fuente primaria nos referimos. Modestamente, pues, vamos a dibujar un *estado de la cuestión* y a ver lo que podemos sacar en limpio del cruce de ciertas fuentes primarias y secundarias útiles para el intento.

Utilicemos, pues, las biografías patentadas de Peñaflorida. Las contemporáneas de su amigo Narros (Joaquín de Eguía), quien se limita a decirnos que "fue a Tolosa de Francia, adonde le destinaron sus padres para completar su educación en el famoso seminario dirigido en aquel tiempo por los más sabios y respetables sujetos de la extinguida Compañía"<sup>1</sup>, y de su biógrafo M. Fernández de Navarrete, quien afirma que "enviado después al seminario de Tolosa de Francia no trató más que de hacerse dueño de cuántas ciencias y artes admiraba en sus maestros"<sup>2</sup>. Ahora bien, ¿en qué momento llega Peñaflorida a Toulouse? Fernández de Navarrete es tajante: en 1740 —o sea a los

<sup>1</sup> "Elogio de Don Xavier María de Munibe Idiáquez, Conde de Peñaflorida", in *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, en la villa de Vergara por julio de 1785*, Madrid, 1786, p. 36. Cito siempre por la edición facsímil realizada en San Sebastián en 1985.

<sup>2</sup> Se trata del *Elogio póstumo* leído en Vergara en julio de 1786, publicado al año siguiente en el *Memorial Literario*, e incluido en la *Colección de Opúsculos Biográficos*, II, Madrid, 1948, p. 348-349.

once años-; Narros no indica fecha, pero dice que a los catorce años tenía concluidos los estudios de primeras letras y de gramática previos a su viaje a Francia. J. Iriarte, en el trabajo de investigación más completo sobre Peñafiorida hasta ahora disponible, piensa<sup>3</sup> que, al ser Narros tres años y medio más joven que Peñafiorida, su memoria le flaquea al evocar aquellos primeros años comunes pasados en Azkoitia, y que la datación de Fernández de Navarrete ha de darse por buena. Advirtamos, empero, que Fernández de Navarrete, en el momento de pronunciar su *Elogio*, es todavía más joven que Narros (!). ¿De dónde procede su información? Lo ignoramos. ¿Ha de darse por buena? Sí, si atendemos a una carta dirigida al Conde de Peñafiorida, en 1753, por uno de sus antiguos maestros tolosanos, el P. Salet, en la que éste, al referirse a su recorrido profesional tras el regreso de Peñafiorida a España<sup>4</sup>, confirma la información suministrada por Fernández de Navarrete.

Tampoco sabemos nada de la llegada del joven Munibe à Toulouse, de su alojamiento inicial, de sus eventuales acompañantes o de sus primeros contactos con la metrópoli del Languedoc francés. La Biblioteca Municipal de Toulouse conserva (serie FF) los registros de los extranjeros de paso por Toulouse, en los que, a veces, figuran las fichas de los posaderos, incluso las facturas presentadas a los clientes. Desgraciadamente, esta serie tiene una enorme laguna: la que va de los años 1721 a 1771, por lo que de poca o nula utilidad resulta para rastrear la llegada de nuestro joven a Toulouse. Quizás éste se alojase, por otra parte, en alguna casa más o menos respetable de la ciudad, a la que hubiese podido llevarle el juego de las relaciones de grupo o familia.

Porque, claro, la cuestión que inmediatamente se plantea es la de la razón que lleva a Toulouse al heredero de la casa de Munibe. Existía, al parecer, cierta tradición entre algunas casas nobles del país vasco español de enviar a sus retoños a cursar estudios en determinadas ciudades del mediodía francés. Hacia 1725, un pariente de Xavier María de Munibe, Francisco Javier Idiáquez, primogénito de los duques de Granada de Ega, estudia en el colegio de los jesuitas de Burdeos. Hacia 1740, Manuel Ignacio de Altuna, tras cursar estudios en el seminario de nobles de Madrid, viaja por Francia e Italia<sup>5</sup>. Sabemos también, gracias a las cartas publicadas por don Julio de

<sup>3</sup> J. Iriarte, *El Conde de Peñafiorida y la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, Donostia-San Sebastián, 1991, p. 37. En este utilísimo trabajo, desgraciadamente, la indicación de fuentes es con frecuencia aleatoria.

<sup>4</sup> Son datos que confirman, en efecto, el año del regreso de Peñafiorida a España: "Depuis que vous avez quitté Toulouse, j'ay enseigné deux ans la philosophie; j'ay resté deux ans dans la maison des pensionnaires en qualité de préfet des Théologiens et actuellement j'enseigne ici la Théologie depuis trois ans revolus". Siete años, pues, en total, que son los que van de 1746 a 1753. Esta carta fue publicada por J. de Urquijo, "Los Amigos del País (según cartas y otros documentos inéditos del siglo XVIII)", in *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 17, 1926, p. 584-585.

<sup>5</sup> Son datos aportados por J. Iriarte, *op. cit.*, p. 42-43. La madre de Manuel Ignacio, Ana María, es una Portu, familia que estará, más tarde, representada entre los firmantes del proyecto de "sociedad" presentado por "algunos caballeros" a la *Junta General* de la provincia de Guipúzcoa celebrada, en 1763, en Villafranca.

Urquijo<sup>6</sup>, que, en 1753, estudiaban en el colegio de los jesuitas de Toulouse dos vástagos de las familias Olaso y Berroeta<sup>7</sup>, y que ambos habían sido recomendados por el embajador de Francia en Madrid. Sin documentarlo, J. Iriarte<sup>8</sup> relacionó esta corriente con la nobleza titulada - lo que, en gran parte, parece cierto - y con la Compañía Guipuzcoana de Caracas, que presidía el padre de Xavier María. Podrían explicarse así los lazos con Bayona o Burdeos, gracias al tráfico colonial. ¿Pero con Toulouse? ¿Cabría buscar la explicación en el hecho de que, hacia 1740, para la Compañía Guipuzcoana "comenzaron a torcerse las cosas"<sup>9</sup>, y en el deseo subsiguiente de preparar adecuadamente a Xavier María para este aspecto de su futura sucesión? Conviene no pasar por alto, en efecto, la guerra entre España e Inglaterra, durante la cual la Compañía Guipuzcoana hubo de ceder muchos de sus navíos a la Armada Real, aunque los viajes se prosiguieron en los años del conflicto (1740-1748)<sup>10</sup>. Lo cierto es que el colegio de los jesuitas tolosano se había convertido en un "verdadero centro de estudios navales" desde la apertura del canal denominado *de ambos mares*. La creación de una cátedra de matemáticas en el colegio, en 1689, obedeció al deseo de que en él se formasen técnicos para la marina real, y hasta 1760, en que adquieren plena autonomía, los estudios de hidrología formaban parte de las enseñanzas de matemáticas<sup>11</sup>. Quizás no resultase fácil encontrar estas orientaciones formativas en los colegios de enseñanza secundaria conocidos por la familia Munibe.

En cualquier caso, la relación con Toulouse existe. Lo prueba un documento fundamental, rescatado del archivo de Zabala, que ha sido publicado recientemente por M. Teresa Gabarain<sup>12</sup>. Este curioso texto es lo que hoy llamaríamos un impreso publicitario, redactado por los jesuitas de Toulouse en una fecha que Gabarain sitúa, pero sin justificarlo, a principios del siglo XVIII. El texto contiene unos *Avisos a los señores de España que quisieren enviar a sus hijos al Seminario del Colegio de la Compañía de Jesús de Tolosa de Francia*. Ello permite pensar que la presencia de jóvenes españoles en el colegio de Toulouse no era un fenómeno ocasional o aislado, lo que las primeras líneas del texto corroboran:

<sup>6</sup> J. de Urquijo, "Los Amigos del País...", *cit.*, p. 586. Se trata ahora de una carta escrita a Peñafloreda desde Toulouse, el 23 de septiembre de 1753, por el P. Antoine-François de Durfort.

<sup>7</sup> La familia Olaso figurará igualmente entre los firmantes del *Plan* de 1763, y la de Berroeta estará en la asamblea fundacional de Bergara en 1765.

<sup>8</sup> J. Iriarte, *op. cit.*, p. 109.

<sup>9</sup> Según el *Diccionario de Historia del País Vasco* de F. García de Cortázar y M. Montero (San Sebastián, 1983, p. 191). Además de la familia Munibe, otra familia estará asimismo asociada a los orígenes de la Guipuzcoana y de la Bascongada: los Yun y Barbia (a veces Ibarbia).

<sup>10</sup> G. de Uriarte, "Estructura económica", in *Historia del País Vasco. Siglo XVIII*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1985, p. 152.

<sup>11</sup> Es lo que nos revela F. Rollin en su tesina de Licenciatura *Le collège des Jésuites de Toulouse de la fin du XVII<sup>e</sup> siècle à 1762*, Université de Toulouse-Le Mirail, 1992, p. 66.

<sup>12</sup> M. T. Gabarain, "La influencia europea en la Ilustración del País Vasco. Presencia de jóvenes vascos en los colegios franceses durante el siglo XVIII", in *La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y Europa*, Madrid, 1999, p. 745-746.

*Como a muchos cavalleros españoles les a Parecido mui bien la buena educación que an sacado sus Hijos de este Seminario; y que [sic] otros deseando la misma para los suyos, an pedido se les de noticia de la edad en que pueden embiarlos, del modo de vida, y a que suben los gastos de su entretenimiento: Se advierte [...].*

En el régimen de vida y escuela que se expone a continuación aparecen diversos datos que no podemos dejar de conectar con Peñaflorennda. Así ocurre con la edad (*la mejor edad para enviarlos es de nueve a catorce años*), que corresponde con la pauta impuesta al niño Xavier María, el cual llega a Toulouse a los once años; con el baile, la esgrima o la música (*si algunos quieren aplicarse a dansar, o a aprender la Esgrima, la Música, o otros ejercicios semejantes, vienen Maestros seglares todos los días*), actividades –pensemos, por ejemplo, en la música–, que, desde las tertulias de Azkoitia, resultarán estrechamente unidas a los entretenimientos de los primeros “amigos” (Rocaverde, Gamarra, Mazarredo, Eguía, Samaniego, Mugártegui...)¹³, y, más tarde, en lo respectivo al baile o la esgrima al programa de estudios del Real Seminario de Bergara. Ello no nos aclara, empero, las cuestiones que de inmediato se plantean. ¿Quiénes estuvieron en el Colegio de Toulouse con anterioridad a 1740? ¿Existía ya entonces esta tradición? ¿Cabe que el documento exhumado del archivo de Zabala sea más tardío? ¿Sería, entonces, Peñaflorennda, entre los vascos, un precursor del viaje escolar a Toulouse?

En un reciente libro sobre la vida en Toulouse en tiempos del Antiguo Régimen, el historiador Michel Taillefer¹⁴ ha puesto de relieve la fama que tenía la “ciudad rosa” como ciudad no sólo “santa”, sino también *sage*, e incluso *savante*¹⁵. Entre las instituciones que contribuían a la sapiencia de los tolosanos se encontraba el colegio de los jesuitas, que, junto al colegio del *Esquile*¹⁶, impartía las enseñanzas correspondientes a los colegios denominados *de plein exercice*. Ello implicaba un ciclo completo de estudios desarrollado a lo largo de ocho años, aunque la mayoría de los alumnos no iba más allá de los cuatro años de *gramática* o de los seis que incorporaban el *cursum* de *letras* (dos años). Pocos eran, pues, los que accedían al ciclo de *filosofía* (7º y 8º año de estudios)¹⁷.

El colegio del que se encargaban desde 1567 los jesuitas estaba afincado en el denominado *hôtel de Bernuy*, próximo a la plaza mayor tolosana, *place royale* o también *place du capitole*, la cual, desde 1730, ofrecía un espacio relativamente abierto que propiciaba la deambulación y el encuentro. Algo que contrastaba con la

¹³ Son datos de la *Memoria* de Mugártegui que revela J. de Urquijo, *Un juicio sujeto a revisión. Menéndez Pelayo y los caballeros de Azkoitia*, San Sebastián, 1996, p. 58.

¹⁴ M. Taillefer, *Vivre à Toulouse sous l'Ancien Régime*, Mesnil-sur-l'Estrée, 2000.

¹⁵ *Ibidem*, p. 354. Aduce el autor el siguiente adagio: *Paris pour voir, /Lyon pour avoir, /Bordeaux pour dispendre [dépenser]/Et Toulouse pour apprendre.*

¹⁶ Estuvo éste dirigido, primero, por clérigos seculares designados por los munícipes tolosanos (*capitols*), y, luego (hasta la Revolución), por los Hermanos de la Doctrina Cristiana.

¹⁷ M. Taillefer, *Vivre à Toulouse...*, cit, p. 358.

vetustez del colegio jesuítico. El aspecto poco acogedor que éste ofrecía en 1641 –“il n'y a que boutiques obscures pour les classes [...] et il n'y a pas de jardin si nécessaire aux personnes religieuses et aux gens d'études”, nos dice P. Delattre<sup>18</sup>– mejoró con las adquisiciones y obras realizadas en el siglo XVII. Hasta 1763, época de su expulsión y de la transformación del colegio jesuítico en “real colegio”, los jesuitas desarrollan en aquellas salas oscuras los principios pedagógicos derivados de la *ratio studiorum* con indudable éxito –a fines del siglo XVII el colegio tiene más de 1. 200 alumnos–, integrando en las enseñanzas de filosofía tanto la lógica como la física y las matemáticas (incluida la hidrología). Aventuremos, pues, que, aunque menos partidarios de las novedades que los titulares del colegio rival del *Esquile* y que sus sucesores en el “real colegio”, los jesuitas no eran del todo ajenos al movimiento de la ciudad mediada la centuria, un movimiento que es, al tiempo, económico y cultural.

Entrado el XVIII, Toulouse sigue siendo una metrópoli prestigiosa desde el punto de vista administrativo y cultural, caracterizada por la presencia y el trasiego de estudiantes y pleiteantes –hay en Toulouse un importante *parlement* o tribunal superior de justicia–. Pero es que, además, el incremento de la producción agrícola, derivado del cultivo del maíz, y del comercio, correlativo al desarrollo del tráfico por el canal que une el Atlántico con el Mediterráneo, enriquecen a la ciudad y a su entorno. Crecimiento económico, expansión demográfica, transformaciones urbanas: en los años en que Peñaflorida reside en Toulouse, la ciudad se mueve, crece, se desarrolla. Una ciudad en movimiento, pues, que provoca el asombro del ingeniero municipal en 1753 ante “la quantité des maisons que l'on construit chaque jour”<sup>19</sup>. En el ámbito cultural, los inventarios de las bibliotecas privadas muestran que las obras de los *philosophes* son conocidas por las elites: la mitad de los miembros del tribunal (*parlement*) tienen las obras de Montesquieu, de Rousseau o de Voltaire, y más de un tercio está en posesión de la Enciclopedia. Hacia 1750, la cosmología de Newton se impone en la Academia de Ciencias local, al tiempo que la música profana, en la Opera, en el salón denominado del Concierto, o en la Comedia, reduce la omnipresencia de la música religiosa y, por ende, de las capillas de música dependientes de los cabildos de *Saint-Etienne* y de *Saint-Sernin*<sup>20</sup>. Hay que considerar, pues, el movimiento que anima la vida tolosana mediada la centuria, para interpretar la estancia tolosana del joven Xavier María de Munibe.

¿Y qué hace nuestro joven vasco en esta ciudad en movimiento y en su encierro del colegio de los jesuitas? Someterse, en primer lugar, a la disciplina impuesta a los escolares laicos y religiosos que en él cohabitan. Los internos o pensionistas –unos 200 en el siglo XVIII, nos dice F. Rollin –están alojados en el antiguo semina-

<sup>18</sup> *Les établissements des jésuites de France depuis quatre siècles*, (1949-1957), IV, p. 1288, citado por F. Rollin, *op. cit.*, p. 17.

<sup>19</sup> M. Taillefer, *Vivre à Toulouse...*, *cit.*, p. 28.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 388.

rio del cardenal François de Joyeuse. Situado frente al colegio, el internado había sido inaugurado en 1602, cerrado en 1661 y de nuevo abierto en 1691. El de Toulouse es, junto con los de Perpignan y Tournon, uno de los tres colegios que reciben internos en la Provincia de Toulouse, lo que también podría explicar la venida de Xavier María a la ciudad del Garona. El año en que Peñaflorida llega a Toulouse (1740) los jesuitas imponen a los internos el uso de un uniforme: un bonete cuadrangular y una hopalanda o vestidura semejante a la que utilizaban los estudiantes universitarios. Ello con el fin de "distinguirlos de los externos e impedir que se escapasen"<sup>21</sup>, se supone que mezclados con éstos. Los escolares tolosanos son, en efecto, turbulentos. El 1º de abril de 1740, el Tribunal de Justicia les prohíbe llevar espada, prohibición renovada el 8 de julio de 1744, año en que se les insta, además, a evitar la formación de grupos en la calle<sup>22</sup>. ¿Evitaría nuestro joven las peleas a que se entregaban, ritualmente, los "cuervos" (alumnos de los jesuitas) y los "esquiroles" (alumnos del colegio de los doctrinos), los jueves y los domingos, en las afueras de la ciudad? Quizás no, dado que hasta 1756, tras la adquisición de la propiedad de *Lalande*, en el camino de Launaguet, los Padres de la Compañía no pueden disponer las salidas a la inmediata campiña de sus alumnos, organizándolas –no será pura casualidad– los días citados, amén de los festivos. En cambio, el joven Munibe disfrutaría –entre septiembre y octubre– del periodo oficial de vacaciones en la propiedad de *Campaigne*, adquirida en 1589 y vendida en 1765, tras la expulsión de la Compañía, a la que se enviaba en vacaciones a los escolares extranjeros o residentes en territorios alejados de Toulouse. Este retiro no reducía, empero, la implicación del colegio en la vida ciudadana y en la relación del altar con el trono, a tenor de lo que refiere un cronista contemporáneo, el *maître répétiteur* Pierre Barthès<sup>23</sup>. Así lo prueba, por ejemplo, su descripción de la fiesta con que los jesuitas participaron, en agosto de 1744, en las celebraciones con que se festejaban, por entonces, los felices desenlaces de los regulares avatares a que estaba sometida la salud de la familia real. En el supuesto, se trataba del propio Rey de Francia, cuya satisfactoria convalecencia se había programado como un motivo de alegría para los tolosanos. Barthès alaba la colaboración de los jesuitas [*dans toutes les occasions où il s'agit de démontrer leur zèle et leur empressement pour... tout ce qui peut intéresser la famille Royale*], y advierte la "invención nueva" con que han actuado en esta ocasión. Adorno del patio del colegio; instalación en sus ángulos de pirámides de madera; luminarias que, tras los cristales limpiados con este fin, producían una luz viva y resplandeciente; hermosas inscripciones, laureles, versos...; toda una parafernalia, en definitiva, destinada a magnificar la finalidad del programa, tal como la refiere Barthès: *les souhaits de la France et de Toulouse pour la conservation de la Person-*

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 361.

<sup>22</sup> Archives Départementales de la Haute Garonne, Serie B, B 1503, fº 451, y B 1535, fº 128, respectivamente.

<sup>23</sup> *Les heures perdues de Pierre Barthès, répétiteur en Toulouse, ou Recueil des choses dignes d'être transmises à la postérité, arrivées en cette ville ou près d'icy, commencé au mois de décembre de l'année 1737 et fini au mois d'août 1750* (Ms. 699 de la Biblioteca Municipal de Toulouse), p. 163.

*ne Sacrée et de toute la famille Royale*. Cabe suponer que estas imágenes fuertes, ofrecidas a la contemplación de colegiales y ciudadanos, dejarían algún poso en la forma con que el Conde abordaría, más tarde, la relación con su propio Rey y la real familia.

Volviendo de la calle a las aulas, hay que advertir que, en clase, las edades y niveles eran heterogéneos, la práctica de los estímulos constante –los mejores alumnos están reagrupados en “academias” –, y las ceremonias de entregas de premios, al concluir el curso (a mediados de agosto en el siglo XVIII), una cita para las “fuerzas vivas” de la ciudad –dignatarios del clero, de la Universidad, del municipio, del tribunal–, que asistían con aparato y pompa a los discursos y arengas pronunciados con tal motivo, así como a las representaciones teatrales que, con fines edificatorios, presentaban los alumnos más mayores. En los años en que Peñafiorida cursa estudios, la práctica teatral –común a los dos colegios– va siendo sustituida por ejercicios literarios y oratorios, con los que los mejores elementos mostraban sus habilidades y, por ende, la excelencia de la educación recibida. ¿Disgustaría a nuestro joven vasco este progresivo abandono colegial de una diversión que, aún teñida de pedagogía, le resultaba grata? ¿Se abriría paso en su joven cabeza una especie de sincretismo entre teatro y música, por mor de la influencia colegial y tolosana? En el colegio de Toulouse, podía ocurrir que los pensionistas organizaran sólo el espectáculo en el internado; que la temática de las piezas exaltase sentimientos como la amistad; y que cada comedia o tragedia representada por los alumnos fuese “adornada con un relato musicado y un ballet”<sup>24</sup>. Influencias y aficiones tolosanas llamadas a perdurar. Así, como es sabido, unos veinte años más tarde, respondiendo a las solicitudes festivas de la villa de Bergara, deseosa de festejar al beato Martín de la Ascensión, el ya conde de Peñafiorida, armado tan sólo, según su primer biógrafo, de “unas ligeras lecciones de violín que tomó en el seminario de Tolosa”<sup>25</sup> se lanza a traducir una ópera cómica francesa (*Le Maréchal ferrant*) y a escribir otra en castellano y vascuence (*El borracho burlado*), sin olvidar el teatro musical destinado a las reuniones de Azkoitia (*El carnaval*)<sup>26</sup>. Menos conocida es la defensa encendida de óperas y comedias –eso sí, referida prudentemente al “supuesto de que éstas sean corregidas y que a lo menos sean indiferentes”– que aparece en una carta autógrafa y no fechada dirigida por Peñafiorida, desde Azkoitia, a un anónimo “amigo”<sup>27</sup>. Peñafiorida argumenta utilizando a Bossuet y sus diatribas contra “el teatro corrompido”, nunca dirigidas, por consiguiente, contra “el teatro corregido y

<sup>24</sup> Según refiere C. Sommervogel citado por F. Rollin, *op. cit.*, p. 80.

<sup>25</sup> “Elogio de Don Xavier María de Munive...”, *cit.*, p. 42.

<sup>26</sup> V. la edición del texto publicada por E. Palacios Fernández (“La actividad literaria del Conde de Peñafiorida. El Carnaval”, in *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, XVIII, 1974, p. 535-552).

<sup>27</sup> ATHA, Fondo Prestamero, DH. 1261-5. 5. La referencia a la *Clemencia de Tito* (que también se debe representar en las juntas primeras) me lleva a pensar que esta carta es inmediatamente posterior (octubre de 1764) a las fiestas celebradas en Bergara en septiembre de 1764, durante las cuales se prepara la conversión de las reuniones de “amigos” en juntas de los “Amigos del País”. Las primeras se celebraron en febrero de 1765, y en ellas se representó *La Clemencia de Tito* de Metastasio, según la traducción realizada por Joaquín de Eguía.

bien purificado”, como el que “usan los PP. Jesuitas en sus Seminarios y Colegios”, del que Bossuet hace “grandísimos elogios”. Cabe pensar, pues, con fundamento que el recuerdo del colegio tolosano seguía vivo en la mente de nuestro Conde en los años clave de 1764 y 1765.

No es la única referencia a los colegios franceses que aparece en la correspondencia del Conde. Así, en las cartas intercambiadas con Pedro Jacinto de Alava y primorosamente editadas por J. I. Tellechea<sup>28</sup>, se encuentran diversas alusiones a dichos colegios, como el célebre de Sorèze, regido por los benedictinos, en el que estudió un nieto del Marqués de la Alameda, según le dice Munibe a Alava al pedirle, en 1769, una “noticia impresa” de dicho colegio. Este impreso, al parecer, circulaba fácilmente entre la ilustración vasca, pues el mismo Peñaflorida se excusaba de haberlo perdido y agradecía el envío, días más tarde, a su amigo Alava<sup>29</sup>. En septiembre del mismo año, encontramos en la correspondencia del Conde una referencia precisa a los jesuitas de Toulouse y a una de sus prácticas pedagógicas, cual eran “las salidas” de los alumnos por la ciudad, cosa que en el proyecto educativo de los Amigos cabía insertar sin mayor “inconveniente”, hecha cuenta de “lo reducido del Pueblo de Vergara”<sup>30</sup>. No cabe extrañarse de que, en aquel momento, el Conde se acordase de Toulouse, pues empezaban los preparativos del viaje por Europa de su hijo primogénito, Ramón María. En diciembre de 1769, Peñaflorida escribía a un corresponsal tolosano, el abate Clavier (preceptor de Ramón María en su periplo), explicitando su pensamiento: “Lo primero que deseo es que se críe en él un buen cristiano y un hombre de bien a todas luces”<sup>31</sup>. Sentimiento cristiano de la vida: son recuerdos de una formación que aparecen cuando llega la hora de completar la de su hijo. Otras “luces” interesaban también al Conde: las mismas cuya adquisición recomendaba, un año más tarde, a los Amigos del País reunidos ya en Sociedad, al incitarles a “emplear un rato en leer alguna cosa de Física o Matemáticas”<sup>32</sup>. Esta afición, que la correspondencia con el hijo había reavivado<sup>33</sup>, mucho debía a la estancia y aprendizajes del padre en tierras tolosanas.

Aunque, según Fernández de Navarrete, *desde Francia trajo unos vivos deseos de fundar en su país una Sociedad patriótica*<sup>34</sup>, lo cierto es que la evolución que lleva a

<sup>28</sup> *La Ilustración Vasca. Cartas de Xavier de Munibe, Conde de Peñaflorida, a Pedro Jacinto de Alava*, Vitoria, 1987.

<sup>29</sup> Cartas de Peñaflorida a Alava fechadas en Vergara el 12 y el 30 de abril de 1769. En la carta del día 30, el Conde acusaba recibo del envío (*La Ilustración Vasca. Cartas...*, cit., p. 66 y 68).

<sup>30</sup> Carta de Peñaflorida a Alava fechada en Vergara el 21 de septiembre de 1769 (*Ibidem*, p. 86). En el mismo sentido alude también el Conde al colegio de Burdeos, en el que estudió, como quedó dicho, Francisco Javier Idiáquez, pariente de Munibe.

<sup>31</sup> J. de Urquijo, *Un juicio sujeto a revisión...*, cit., p. 41. Se trata de una carta del Conde fechada en San Sebastián en diciembre de 1769 y dirigida a Toulouse, cuyo destinatario es el Sr. “Achica” (Clavier).

<sup>32</sup> Carta de Peñaflorida a Alava fechada en Vergara el 8 de diciembre de 1770 (*Ibidem*, p. 111).

<sup>33</sup> V., en este sentido, las cartas publicadas por J. de Urquijo, “Los Amigos del País...”, cit., in *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 18, 1927, p. 134 y ss.

<sup>34</sup> *Op. cit.*, p. 350, en nota.



Peñaflorida desde el regreso de Toulouse (1746) hasta el *Plan de una Sociedad Económica* presentado en la Junta General de Villafranca (1763), pasando por las tertulias de Azkoitia y las polémicas con Isla, es una evolución lenta. No menos de siete años transcurren hasta la reanudación de los contactos con algunos de los antiguos maestros de Toulouse, de lo que da testimonio una carta escrita por Peñaflorida en la primavera de 1753<sup>35</sup>. Por su carácter autobiográfico, se trata de un texto importante, gracias al cual descubrimos que no había habido contactos con aquellos maestros desde el regreso de Toulouse (*Quizás os sea ya desconocido el nombre que firma esta carta*). Pues bien, la consulta a Toulouse estaba motivada por *un pequeño proyecto literario*. De éste se nos dice que ha sido concebido *desde hace algunos días*, y que a esta concepción no ha sido ajena la influencia de Feijoo, autor de *una obra excelente*. El "proyecto" se encamina, modestamente, a *dar un extracto de Física de algunos autores*, empresa para cuya consecución recaba Peñaflorida información a Toulouse, y, sobre todo, el envío de *tres o cuatro autores [y] un Catálogo de algunos otros*. La timidez del joven discípulo que se dirige al antiguo maestro queda aún lejos de la prestancia con que, diez años más tarde, se presenta en Villafranca, ante la Junta General de Guipúzcoa, el abanderado de los dieciséis promotores de una "Sociedad Económica o Academia de Agricultura, Ciencias y Artes útiles, y Comercio".

Ahora bien, ¿quién era el corresponsal de Peñaflorida en Toulouse? Urquijo no lo aclara<sup>36</sup>, limitándose a indicar que se trata de "un jesuita". Por lógica no puede ser ninguno de los maestros recordados en la carta, a saber los padres Charron, Salet y Cavallery, lo que nos lleva a rechazar la tesis de J. Iriarte, quien aventuró que se trataba del P. Cavallery<sup>37</sup>. Por la misma razón debemos descartar a Salet, aunque existan dos cartas dirigidas por uno y otro al Conde, sobre las que enseguida volveremos. Existe también una carta del P. Antoine-François de Durfort, escrita a Peñaflorida desde Toulouse, el 23 de septiembre de 1753<sup>38</sup>, en la que este profesor de filosofía, del que también sabemos que, en 1754, enseñaba física en el colegio tolosano<sup>39</sup>, explicitaba su complacencia de verse recordado por el antiguo discípulo

<sup>35</sup> Se trata de la carta citada *supra*, nota 4, y fechada en Azkoitia el 29 de mayo de 1753. Según Urquijo "está en un francés suficientemente bueno para un extranjero, pero no del todo correcto" (*Un juicio sujeto a revisión...*, *cit.*, p. 81, en nota).

<sup>36</sup> Se trata, en efecto, de un documento incompleto: un borrador de carta, del que falta, según Urquijo (*Un juicio sujeto a revisión...*, p. 81), el segundo pliego, que hubiese permitido, quizás, aclarar este punto.

<sup>37</sup> J. Iriarte, *op. cit.*, p. 165.

<sup>38</sup> Estas tres cartas fueron publicadas por Urquijo, con inclusión del texto francés, en "Los Amigos del País...", *cit.*, p. 584-589.

<sup>39</sup> Gracias a un manuscrito de más de 500 páginas intitulado *Phisica Genera(lis)... aput Reverendissimum Patrem Doufort*, que perteneció a Miguel de Olaso cuando era alumno en Toulouse, Urquijo ("Los Amigos del País...", *cit.*, p. 585-586) documenta que Durfort enseñaba también la Física en el colegio tolosano, en el citado año de 1754.

<sup>40</sup> "Monsieur. Agrééz, s'il vous plaît, qu'après m'être renouvelé dans l'honneur de votre souvenir par les assurances de mon profond respect et vous avoir temoigné le plaisir que j'ay eu à avoir de vos nouvelles par une personne aussi distinguée que le Seigneur Dolasso [Olaso], votre illustre parent, je vous fasse encore part de la joye que j'ay d'avoir dans ma classe de philosophie Monsieur son fils..."

lo<sup>40</sup> y le comunicaba el envío de "un ensayo de geometría dirigido por el P. Fontenilles y preparado por el P. Belot". Gracias, sin duda, a Olaso, cuyo hijo estudiaba en la ciudad del Garona (*supra*), sabía Peñaflorida que, en 1753, Durfort profesaba la Física en Toulouse; la carta de éste se inserta en la lógica de la respuesta a la carta y a las solicitudes del Conde, por lo que pensamos que el destinatario del correo azcoitiano del 29 de mayo de 1753 era el P. Durfort.

Lo cual no quiere decir que Peñaflorida no escribiera a otros maestros tolosanos. Pero de esas cartas, por el momento, nada sabemos. Sabemos, en cambio, de alguna de las respuestas que suscitaron. Así ocurre con la que, desde Montpellier, envía Salet a Munibe el 5 de agosto de 1753. De su tenor deducimos que el Conde deseaba una relación continuada y asidua con su antiguo profesor<sup>41</sup>; que éste recordaba el interés por la Física que sentía el colegial Peñaflorida<sup>42</sup>, habiendo enviado a Azkoitia, por mediación de un joven cura español llamado Dargain (*sic*), pensionista en Toulouse, una o dos cartas acompañadas de "un pequeño termómetro de nueva invención"<sup>43</sup>. La escala de Celsio había sido introducida en Francia, en 1743, por la Academia de Lyon, y en Toulouse un miembro de la Sociedad de Ciencias, el abogado Marcorelle, utilizaba, desde 1750, en sus investigaciones meteorológicas, "un termómetro de Lyon"<sup>44</sup>. Este sería, probablemente, el termómetro remitido a Peñaflorida por Salet, al que Cavallery o Fontenilles, miembros de la Sociedad de Ciencias tolosana, instruirían sobre los trabajos realizados en ella en relación con la nueva termometría. Salet dice haberse alejado de la Física tras su estancia en el colegio de Toulouse y da largas a las solicitudes del Conde<sup>45</sup>. Sin embargo, lo más interesante es su alusión al "proyecto" de difundir "la Física" en España, al que Peñaflorida ha asociado a otros "señores"<sup>46</sup>. Este plural impreciso nos hace ver que, en el tiempo que media entre la carta remitida por Munibe en mayo de 1753, en la que sólo se refiere al "joven marqués" cómplice de su "proyecto", y la carta de Salet —algo más de dos meses—, el "proyecto" inicial había suscitado nuevas adhesiones, de las que el Conde habría dado cuenta a Salet en correspondencias perdidas o, hasta hoy, desconocidas. Si ello fuese así, los meses de junio y julio de 1753 resultarían decisivos en el progresivo paso del limitado "proyecto" inicial al proyecto societario.

Conocemos también una carta de otro de los profesores tolosanos de Munibe, quizás el más venerado —en la carta de 29 de mayo se alude al "R. P. Charron", al "P.

<sup>41</sup> "Monsieur. Vous me menacez de m'attaquer et de m'asommer par des lettres", le dice Salet a Munibe, probando, de esta guisa, el infatigable ardor epistolar del Conde.

<sup>42</sup> "la physique avait pour vous des attraits lorsque vous étiez à Toulouse".

<sup>43</sup> El texto de esta carta figura en Urquijo, "Los Amigos del País...", *cit.*, p. 584-585.

<sup>44</sup> M. Taillefer, *Une Académie interprète des Lumières. L'Académie des Sciences, Inscriptions et Belles-Lettres de Toulouse au XVIIIe siècle*, Toulouse, 1984, p. 193.

<sup>45</sup> "Vous jugez bien que j'ay perdu de vue la physique: chaque chose en son temps".

<sup>46</sup> "Je ne puis que louer le projet que vous avez formé, vous et les mrs. que vous vous êtes associé, de la faire connaître [la physique] en Espagne".

Salet", y al "sabio Cavaleri"—, aunque esta epístola, sin lugar ni fecha<sup>47</sup>, enviada al Conde por Antoine Cavallery trata de un asunto muy distinto del "proyecto" acariaciado por aquél, ya que se trata de la educación de sus hijos. Advirtamos, empero, que también trata de encauzar Munibe esta materia dirigiéndose a Toulouse, solicitando quizás los servicios del P. Belot como preceptor<sup>48</sup>, el mismo jesuita que había "preparado" el tratado de geometría del P. Antoine Fontenilles que Durfort remitiera a Peñafiorida. Por cierto que en el asunto de la educación de los hijos del Conde terció de forma interesada Cavallery, del que, por otra parte, sabemos que también había estado en relación epistolar con Peñafiorida en 1753, seguramente aún desde Toulouse, pues el P. Durfort advertía a Munibe, en su carta de 23 de septiembre, que el P. Cavallery ya le había escrito una misiva que, al parecer, no llegó a manos de su destinatario<sup>49</sup>.

Volvamos ahora a la afirmación de Navarrete, según el cual Peñafiorida habría regresado de Francia con el deseo de fundar una "Sociedad patriótica". ¿De qué "sociedades" podía tener noticia el joven Munibe a su regreso de Toulouse? En primer lugar, de las que en la ciudad del Garona por entonces funcionaban, a saber: la antigua "academia de juegos florales" y la moderna "de ciencias", que, de proyectar (1728) la instalación en Toulouse de un jardín botánico, había pasado, en 1732, a la captación de las personas importantes de la ciudad interesadas por la Física<sup>50</sup>. Se trata de una tradición asentada en la ciudad desde fines del XVII, gracias al antecedente suministrado por la *Société des Belles-Lettres* (1688-1699). Esta Sociedad, no

<sup>47</sup> Publicada por J. de Urquijo, "Los Amigos del País... ", *cit.*, p. 539. La carta no es enviada desde Toulouse, pues su autor se refiere, precisamente, a la necesidad de escribir a Toulouse para advertir al P. Belot del viaje a Azkoitia de "Monsieur Loüis Dussieux", joven ex jesuita de la Provincia de Burdeos: "Ainsi rien n'empêche que je vous l'envoie, et que j'écrive par le premier courrier à Toulouse pour avertir le Père Belot du parti que nous avons pris". Su fecha es bien posterior a 1753, ya que su asunto es la educación de los dos primeros hijos varones de Peñafiorida ("Je vous prie donc, Monsieur, de recevoir ce jeune homme chez vous, et de lui confier l'éducation de vos deux jeunes Messieurs").

<sup>48</sup> "Monsieur. Dans l'incertitude où nous sommes de la résolution que prendra le Père Belot, je saisis une occasion qui me paraît précieuse". El P. Cavallery aprovechó, en efecto, la ocasión para promocionar a su protegido Dussieux, haciendo el elogio de sus virtudes pedagógicas, entre las que destacaba la calidad de su francés, superior, al parecer, a la de algún competidor ("Il leur donnera d'abord l'accent françois mieux que tel autre, que je ne nomme pas"). ¿Sería Belot el destinatario del ataque? En cualquier caso, este jesuita aparece como socio agregado en el *Catálogo* de socios de la Bascongada publicado en 1766. El P. Belot fue acogido por Peñafiorida en Insausti tras la expulsión de Francia de la Compañía, lo que documenta una carta de Miguel José de Olaso al Conde, fechada el 26 de septiembre de 1763 y referida por Urquijo ("Los Amigos del País... ", *cit.*, p. 590).

<sup>49</sup> "Le P. Cavallery, qui vous assure bien de ses respects, m'a chargé de vous dire qu'il n'avoit pas l'honneur de vous écrire cette fois parce qu'il n'y a que fort peu de temps qu'il a écrit à l'adresse que vous luy aviez indiquée. Si vous n'avez pas reçu sa lettre, c'est marque assurée qu'il faut changer d'adresse pour parvenir ses lettres jusqu'à vous, Monsieur".

<sup>50</sup> "les personnes du premier ordre qui savent allier l'étude de la physique avec les occupations des emplois les plus importants", según refería el *Almanach très curieux pour la ville de Toulouse* citado por M. Taillefer, *Une Académie...*, *cit.*, p. 8.

sólo dedicaba sus reuniones a las antigüedades y a la historia, sino también a la física y a las matemáticas. En ella ha sido documentada la presencia de un profesor de retórica del colegio de los jesuitas llamado Louis de Campistron<sup>51</sup>, y, aunque la traza de dicha Sociedad se pierda en 1699, sin que quepa, por ello, relacionarla directamente con la *Société des Sciences*, no cabe duda de que sienta un precedente significativo.

Pues bien, en los años en que Munibe reside en Toulouse, la Sociedad de Ciencias experimenta una interesante evolución. Según su principal estudioso, Michel Taillefer, la corporación atraviesa, entre 1738 y 1743, diversas dificultades y vive en un estado de atonía, del que empieza a salir en 1744, despertar que Taillefer explica por "el reclutamiento de una nueva generación de miembros, más jóvenes y más activos"<sup>52</sup>. Digámoslo enseguida: entre ellos no hay ninguna constancia de que estuviere el futuro Conde de Peñaflorida, que tiene por entonces quince años. Tampoco cabe la posibilidad de que Munibe frecuentase la Sociedad dos años más tarde, cuando ésta es convertida en *Académie Royale* (1746), ya que sus estatutos imponían la edad de 25 años para figurar en la clase de "asociados" (libres, ordinarios o extranjeros) o de 20 para estar entre los "adjuntos"<sup>53</sup>.

La cuestión que entonces se plantea es la de saber, sencillamente, si caben posibilidades de que nuestro joven vasco supiese de la existencia y trabajos de la Sociedad entre 1740 y 1746. Diversas razones abonan, en efecto, esta hipótesis.

La decadencia de la Sociedad entre 1738 y 1743 no supuso la interrupción de sus "asambleas públicas"; en junio de 1741, la solemne visita a Toulouse del duque de Richelieu, teniente general del Rey en Languedoc, incluye en su itinerario el colegio de los jesuitas y pasa también por la Sociedad de Ciencias, a una de cuyas sesiones públicas asiste. Por cierto, los jesuitas dispusieron gasto y lustre en la visita del colegio, efectuada el 10 de junio. Hubo arengas de varios pensionistas en francés, en latín, en griego y "en otras lenguas", según refiere Pierre Barthès<sup>54</sup>, y luego una colación "soberbia" (*sic*), seguida de la ejecución de una cantata "en sinfonía". ¿Sería el joven Xavier María uno de los pensionistas extranjeros encargados de presentar alguna de aquellas efímeras piezas retóricas? ¿En castellano, quizás? No podemos afirmarlo, aunque sus oídos se deleitarían, probablemente, con la cantata, y sus ojos se maravillarían, seguramente, con la sesión de fuegos artificiales y el engalanamiento del colegio que tanto complacieron al duque de Richelieu. No era para menos, si nos atenemos a la descripción de Pierre Barthès:

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 17, nota 14.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 24. Además de estas categorías, contaba la Academia con la presencia de dos miembros del Concejo municipal (*capitouls*), de un Secretario y de un Tesorero perpetuos, figuras en las que, obviamente, tampoco encaja Munibe.

<sup>54</sup> P. Barthès, *Les heures perdues...*, p. 82 (Ms. de la Biblioteca Municipal de Toulouse citado en nota 23).

*Le soir étant venu, tout le collège, la cour et fenêtrés, ainsi que les toits et la tour furent illuminés d'une grande quantité de lampions, lanternes et pots à feu, puis on tira un feu d'artifice élevé sur la porte de l'entrée principale...*

Por su parte, la *Société des Sciences* supo sacarle partido a la visita. A principios de 1744, la Sociedad requiere, en efecto, la intervención del duque para la obtención del reconocimiento oficial; al año siguiente una comisión se forma con este fin; en 1746, los sectores ilustrados de la ciudad viven en la expectativa de la decisión real: en la sesión de apertura anual (enero) se pronuncian discursos optimistas; en la primavera (abril) el documento oficial (*lettres patentes*) está listo; al inicio del verano –10 de julio de 1746–, la Sociedad, reunida en Asamblea Extraordinaria, asiste a la proclamación solemne de la Real Provisión y, cuatro días más tarde, se reúne de nuevo para organizar sus trabajos conforme al nuevo estatuto<sup>55</sup>. Es el año, son los días en que Munibe, que va a cumplir 17 abriles, prepara su regreso a Azcoitia. El 14 de agosto de 1746, víspera de las fiestas patronales de Azcoitia, el ya flamante Conde asiste a una sesión del Ayuntamiento azcoitiano en calidad de concejal<sup>56</sup>. ¿Pensaría en ese momento en los recientes acontecimientos tolosanos? ¿Pudo recibir Munibe, en su colegio, una información o incluso una influencia más directa de los trabajos que en la Sociedad se proyectaban o gestaban en los años marcados por los contactos colegio-ciudad propiciados por la visita de Richelieu (1741) y suscitados por la transformación de la Sociedad en Academia (1746)? ¿Y de ser así, por qué vía?

Esta no podía ser otra que la que se estableciese en la comunicación regular entre maestros y discípulos. Pues bien, sabemos que de los cuarenta eclesiásticos contabilizados en la lista de miembros de la Sociedad y de la Academia de Ciencias tolosana establecida por Michel Taillefer<sup>57</sup>, tres eran jesuitas y profesores en el colegio residenciado en el Hôtel de Bernuy. Se trata de los padres Durranc, Cavallery y Fontenilles. Jean Durranc, profesor de matemáticas en el colegio de los jesuitas, era, en 1729, miembro “honorario regular” de la Sociedad organizada el año anterior en Toulouse, lo que documenta, por una parte, la vinculación antigua de los jesuitas a la Sociedad –aunque su presencia en ésta, referida al número total de eclesiásticos, no sea muy relevante–, y, por otra, la probable imposibilidad cronológica de contactos pedagógicos entre Durranc<sup>58</sup> y el joven Munibe. Tuvo éste, en cambio, contactos ciertos con Antoine Cavallery –en su carta a Toulouse de 29 de mayo de 1753 se refiere el Conde al “honor” que tuvo “varias veces” de “ser argumentado”

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 13-15.

<sup>56</sup> Es dato suministrado, aunque no documentado, por J. Iriarte, *op. cit.*, p. 102.

<sup>57</sup> M. Taillefer, *Une Académie...*, *cit.*, p. 255-276.

<sup>58</sup> Del P. Durranc nos dice M. Taillefer (*Ibidem*, p. 186, p. 191) que, en el marco de los trabajos societarios sobre matemáticas aplicadas, presentó, en 1730, dos comunicaciones (*la preuve de l'existence de Dieu par le jeu de croix et pile, le calcul de la loterie de Gênes*). Más relacionadas con la “Física” resultan sus contribuciones de 1730 y 1732 (*l'équilibre des liqueurs*).

por "el sabio Cavalleri"—, que se prolongaron epistolariamente en 1753 y en años posteriores (*supra*).

Del teólogo Cavalleri sabemos que, en 1740, había ingresado en la Sociedad como "honorario regular", y que, en 1746, había pasado, en calidad de "ordinario", a la clase de astronomía. La actividad de Cavalleri en la Sociedad es regular desde su ingreso hasta la expulsión de los jesuitas de Francia. Sus ideas ponderan la crítica de autoridades y sistemas<sup>59</sup>; en 1741, en su explicación del movimiento de los planetas y la caída de los meteoritos, se muestra aún adepto a la cosmología cartesiana. Al año siguiente, el jesuita tolosano obtiene el premio convocado por la Academia de Ciencias de París en relación con la teoría de las mareas<sup>60</sup>, lo que representa, según M. Taillefer, el último triunfo del "partido" cartesiano dirigido por Fontenelle contra los partidarios de las teorías de Newton. Triunfo parisino que no dejó de suscitar discusiones en la Sociedad tolosana, como las habidas entre Cavalleri y Garipuy<sup>61</sup>. No fue el único premio académico obtenido por Cavalleri, del que se conservan, en la Biblioteca Nacional de París, dos "disertaciones" premiadas, en 1738 y 1739, por la Academia de Burdeos<sup>62</sup>. En los años posteriores al regreso de Munibe a España, Cavalleri siguió dando muestras de su dedicación a los temas científicos: evaluación de la altura de la atmósfera (17747); reafirmación del pensamiento cartesiano en punto a la controvertida cuestión de "la figura de la Tierra" (1748); estudios de hidrología (1749) o sobre la electricidad (1750). Último dato, pero significativo: el año en que Peñaflorense se dirige a sus antiguos maestros (1753), marca la adhesión de Cavalleri a las teorías de Newton sobre la luz. Al año siguiente, tratando de "la causa de la dureza de los cuerpos", explicitaba de nuevo su adhesión al sistema de la atracción y, por ende, al *Traité de dynamique* (1743) en el que D'Alembert recogía la mecánica de Newton. En cuanto al P. Antoine Fontenilles, profesor de matemáticas en el colegio de los jesuitas como Durranc, sabemos que su ingreso (1748) como "ordinario" en la clase de geometría es posterior al regreso de Munibe a España, y que, entre 1749 y 1760, sus contribuciones a los trabajos de la ya flamante Academia versaron sobre la forma de medir las bóvedas (1749); la "geometría del infinito" (1752); la medida de la capacidad de los toneles (1753); la paleontología aplicada a los fósiles (1756) o los principios y causas del

<sup>59</sup> Así, "le penchant trop naturel aux hommes pour la nouveauté" debía inspirar la misma desconfianza que la ciega sumisión a la autoridad (*Ibidem*, p. 171)

<sup>60</sup> Su *Dissertation sur la cause physique du flux et du reflux de la mer* fue publicada en la compilación de *Pièces qui ont remporté le prix de l'Académie Royale des Sciences* (París, 1741).

<sup>61</sup> El abogado François Garipuy había ingresado en la clase de geometría en 1731, pasando, en 1739, a la de astronomía. Fue un activo miembro de la Sociedad, lo que el estudio de M. Taillefer documenta cumplidamente.

<sup>62</sup> *Dissertation sur la cause de la diaphanéité et de l'opacité des corps, qui a remporté le prix, au jugement de l'Académie royale des Belles-Lettres, Sciences et Arts, Bordeaux, 1738; Dissertation sur la cause de la chaleur et de la froideur des eaux minérales, qui a remporté le prix, au jugement de l'Académie royale des Belles-Lettres, Sciences et Arts, Bordeaux, 1739.*

equilibrio (1760). Advertimos en esta relación la presencia, junto a la investigación fundamental, de la investigación práctica (*toisé, jaugeage*). Algo que será, luego, fundamental en la andadura de la RSBAP.

Gracias a la documentada presencia y actividad de nuestros tres jesuitas en la Sociedad/Academia tolosana<sup>63</sup>, podríamos, pues, aventurar, sin demasiado riesgo, que el colegio de los jesuitas es un eslabón entre la Sociedad de Ciencias y los alumnos, entre el proyecto societario y las prácticas pedagógicas de los maestros jesuitas miembros de la Sociedad. ¿Cómo imaginar, en efecto, que éstas pudiesen desarrollarse totalmente al margen de aquél? Desde luego, nuestros tres paradigmas no se muestran siempre muy “modernos”, pero son capaces de evolución: el Cavallery cartesiano de 1741 o 1748 ha evolucionado, en 1753, hacia el newtonismo; el Fontenilles que, en 1752, se mostraba aún reacio a la “geometría del infinito”, había integrado, en 1758, en sus explicaciones<sup>64</sup>, apoyándose en las páginas de la *Encyclopedie*, las teorías de Leibniz o de Newton.

De forma que si cabe afirmar con meridiana certeza la inexistencia de relaciones inmediatas entre el colegial Munibe y la Sociedad de Ciencias tolosana, no es menos cierto que, por mediación de algunos de sus profesores, aquél se encontraba inmerso en el “ambiente” científico-cultural creado por ésta en la ciudad, ambiente que se iba, en algún modo, “caldeando” conforme se intensificaban las actividades de la Sociedad a partir de 1744, y a medida que sus pretensiones de convertirse en Real Academia iban adquiriendo visos de verosimilitud. Así, cuando en el verano de 1746 regresa Munibe a Azkoitia, quizás resonasen con fuerza en sus oídos, y quizás por largo tiempo, los ecos de las manifestaciones públicas y ciudadanas con que se celebró en Toulouse la erección de la *Société des Sciences en Académie royale*.

Este ambiente reaparece en la carta de 29 de mayo de 1753, en la que, al pedir consejo a Toulouse sobre los autores de “Física” más indicados para su inclusión en el “extracto” proyectado, Munibe sitúa en cabeza el nombre de “M. Nollet”, o sea el *abbé* Jean-Antoine Nollet, que, según D. Roche<sup>65</sup> “electrizaba” a las elites urbanas francesas. Nollet había publicado en París, en 1746, un *Essai sur l'électricité des corps*<sup>66</sup>; su *Cours de physique expérimentale* de 1735 había dado paso, entre 1743 y 1748, a la publicación de los seis volúmenes de sus *Leçons de physique expérimentale*<sup>67</sup>; en 1749 publicaba nuevas investigaciones sobre la electricidad y unas “res-

<sup>63</sup> Los datos que anteceden proceden de la obra de M. Taillefer sobre la Academia tolosana, repetidamente citada.

<sup>64</sup> Sobre *La solidité et l'exactitude rigoureuse des principes et des calculs de la nouvelles géometrie*, trabajo citado por M. Taillefer, *Une Académie...*, cit., p. 186.

<sup>65</sup> Citado por M. Taillefer, *Une Académie...*, cit., p. 228.

<sup>66</sup> Fue traducido al año siguiente al español con el título *Ensayo sobre la electricidad de los cuerpos escrito en idioma francés por Mons. el abate Nollet. Traducido en castellano por D. Joseph Vázquez y Morales, añadida la historia de la electricidad*, Madrid, 1747.

<sup>67</sup> Igualmente traducidas al castellano: *Lecciones de physica experimental, escritas en idioma francés por el abate Nollet, traducidas al español por el P. Antonio Zacagnini*, Madrid, 1757.

puestas” a quienes habían criticado su ensayo sobre la electricidad<sup>68</sup>. Al año siguiente, en la Sociedad tolosana, el P. Cavallery intervenía en la polémica con un cartesiano *Essai de physique sur la cause de l'électricité*<sup>69</sup>. No cabe, pues, extrañarse de que, en 1753<sup>70</sup>, Munibe cite a algunos de los autores que contribuían a crear y a mantener aquel ambiente, en la Sociedad de Ciencias, sí, pero también y por parcial derivación en el colegio de los jesuitas. Así se explica que Narros, al narrar las veladas de Azkoitia<sup>71</sup>, una vez transformada la “tertulia de juego y merendonas” en “Junta Académica”, se refiriese a “una máquina eléctrica de la primera construcción del Abate Nollet” y al hecho de que “en el rincón de Azcoytia tenía Nollet sus secretarios y Francklin los suyos en sus respectivos sistemas sobre la explicación de los fenómenos eléctricos”. La cronología no es muy dispareja: la Academia tolosana no dispone hasta 1747 de *une machine électrostatique à globe de verre et coussinet*<sup>72</sup>. Y es que la “Física” instructiva y recreativa se estaba convirtiendo, en efecto, en un fenómeno de moda, moda que va desde aquel “rincón” vasco presocietario hasta la Academia de Buenas Letras de Sevilla, uno de cuyos miembros, Benito Navarro Abel de Beas, publica, en 1752, su *Física eléctrica o Compendio en que se explica los maravillosos fenómenos de la virtud eléctrica*<sup>73</sup>.

Dejemos ahora a los biógrafos y volvamos a la autobiografía. En su carta de 29 de mayo de 1753, evocando su estancia en Toulouse, se refiere Munibe a las “tesis generales” con que “algunas veces” remató “sus pequeños trabajos filosóficos”, y de las que el Rey de España “le hizo el honor de declararse Mecenazgo”. El empleo del plural “algunas veces” relativiza la excepcionalidad de la situación, reducida a una ocasión especial: la que recibió el “mecenazgo” del Rey de España. Cabe pensar que Peñaflorida mezcla aquí las diferentes situaciones en que los ejercicios de los alumnos daban lugar a ceremonias públicas y sus propios recuerdos de la presentación de algunos de sus “trabajos” con ocasión de los repartos de premios, de las sesiones públicas de la “academia” colegial, o de las presentaciones de “tesis” al finalizar los estudios<sup>74</sup>. En un documento publicado por C. Sommervogel y recogido por J. Iriarte aparece “Xaverius de Pena Florida” entre otros nombres de alumnos del colegio que, en los inicios del verano de 1746, defienden tesis *ex universa philosophia. Pro laurea artium*<sup>75</sup>. Este documento redactado en latín es el correlativo a las

<sup>68</sup> *Recherches sur les causes particulières des phénomènes électriques et sur les effets nuisibles ou avantageux qu'on peut en attendre*, París, 1749; *Réponses de l'abbé Nollet... à quelques auteurs qui ont critiqué son 'Essai sur l'électricité des corps'*, s. l., 1749.

<sup>69</sup> V. M. Taillefer, *Une Académie...*, cit., p. 193.

<sup>70</sup> Nollet publica, en París, este mismo año sus *Lettres sur l'électricité* y su *Discours sur les dispositions et sur les qualités qu'il faut avoir pour faire du progrès dans l'étude de la physique expérimentale*.

<sup>71</sup> *Elogio...*, cit., p. 39-40.

<sup>72</sup> M. Taillefer, *Une Académie...*, cit., p. 193.

<sup>73</sup> Sobre el desarrollo del mecanicismo, de la literatura newtoniana y de la nueva matemática en España, v. *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, edición de F. Aguilar Piñal, Madrid, 1996, p. 698-702 y 971-975.

<sup>74</sup> Estas “tesis” son, al tiempo, una manifestación mundana, un ejercicio escolar y una certificación de reconocimiento social. Tienen, pues, una indudable repercusión extraescolar. V. F. Rollin, *op. cit.*, p. 72.

<sup>75</sup> J. Iriarte, *op. cit.*, p. 89-92.



tesis presentadas el 26 de junio por Juan Copinger, clérigo de Cork, y no a las de Munibe, pero lo que interesa ahora destacar es que la "Academia tolosana" en él mencionada es, obviamente, la institución universitaria tolosana, en la que se integra como "Collegio Tolosano majori et Academico" el de los padres jesuitas, y no la *Société des Sciences* convertida en academia real el 24 de junio de 1746, de cuya existencia el fundador de la Vascongada tenía, muy probablemente, noticias por sus maestros (Cavallery, Fontenilles), pero ante la cual no presentó sus tesis. Acertó, pues, J. Iriarte al intuir que no se trataba de esta real academia, pero erró al interpretar la palabra "Academia" en el texto latino de las tesis de Copinger relacionándola con las "academias" que los jesuitas organizaban en sus colegios agrupando en ellas a los mejores alumnos, y no con el sentido educativo-administrativo que aún perdura en el francés de nuestros días como directa reminiscencia del lejano sentido latino.

Surge así la cuestión del posible "modelo" académico tolosano, referido ya, claro está, a la academia real que acaba de ser erigida en el momento en que Munibe regresa a España, y no a la "academia" colegial propia del *cursus* jesuítico dibujado por la *Ratto Studiorum* o a la circunscripción educativa tolosana en la que se verificó la presentación de "tesis" de Xavier María una vez finalizados sus estudios. Ya hemos mencionado la atribución realizada por Navarrete del deseo fundacional con que, presuntamente, llega nuestro joven heredero a su país natal. El caso es que, en la carta escrita a sus maestros en 1753, no es ese el sentido explícito del "proyecto" de Munibe, por lo que no entendemos como Iriarte pudo encontrar en ella una "manifestación explícita de sus planes académicos"<sup>76</sup>. En cambio, cabe pensar que la progresiva formalización de las tertulias de Azkoitia, de que dan cuenta Narros y Navarrete<sup>77</sup>, así como la adhesión de diversos "señores" documentada por Salet en 1753, pudiesen conducir —diez años más tarde!— a otro "proyecto": el que, en 1763, se concreta en el célebre *Plan de una Sociedad Económica* presentado ostensiblemente en Villafranca; algo muy distinto, por cierto, del tímido "proyecto literario" presentado a los jesuitas tolosanos en 1753.

Pues bien, si la referencia a "los Países Extranjeros" y a las "Academias" que en ellos se multiplican es utilizada, de entrada, en el *Plan*, el ejemplo de la Academia tolosana no es mencionado en ningún momento. La razón es fácil de entender: el *Plan* se refiere, de hecho, a una "especie" muy concreta de "academias", las academias "económicas", y, concretamente, como queda meridianamente sentado en su largo título, a las dedicadas a la "agricultura, ciencias y artes útiles, y comercio". Y ello pensando en la "economía particular" de la provincia de Guipúzcoa. Estamos, pues, en presencia de un modelo de academia *aplicada* y de un objetivo de *fomento* para un territorio concreto. Cierto es que, luego, se alude a las ventajas del "cul-

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 101. Ya quedó dicho que el texto publicado por Urquijo es descrito por éste como un "borrador" incompleto (*Un juicio...*, cit., p. 81). Pero, en su parte conocida, no contiene proyecto académico alguno.

<sup>77</sup> *Elogio...*, cit., p. 38-40; *Elogio póstumo...*, cit., p. 350 en nota.

tivo de las Ciencias" y a los modelos que suministran las Academias de París, Londres o Berlín, pero es para dar paso, enseguida, a "la Ciencia de la Economía", a "las Ciencias y Artes útiles", al "Comercio Económico", y mencionar, a continuación, los modelos suministrados por las academias aplicadas que se han constituido en Irlanda (Dublín)<sup>78</sup>, Inglaterra y Escocia, Suecia, Noruega, los países germánicos, Cerdeña, Florencia, o Berna. Los modelos franceses mencionados, lo son por los premios convocados para el fomento de la agricultura (Academia de Ciencias de París, Academias de Lyon y Burdeos), o por tratarse de academias aplicadas como las de Bretaña, Metz, París o Tours. Concretamente se mencionan como fuentes del *Plan* las "Memorias" de las academias de Bretaña (1756), París y Tours (1761), además de los modelos no franceses suministrados por Dublín y Berna.

En esta enumeración, la *Académie royale des Sciences, Inscriptions et Belles-Lettres* de Toulouse brilla por su ausencia. ¿La habría olvidado Peñaflorenza? Quizás no, pero transcurridos ya diecisiete años desde el regreso de Toulouse, otros modelos se imponen en la elaboración del fundador, más acordes con sus preocupaciones del momento. Llevan éstas hasta las Juntas de Villafranca, con la esperanza de que los representantes del "país" se interesen por la sociedad de amigos que quiere ya transformarse abiertamente en un tipo concreto de "academia"<sup>79</sup>. Por eso, conviene fijarse, sencillamente, en tres cosas: primero, que la academia tolosana no es una academia aplicada, sino orientada, de manera muy general, a fomentar "el gusto por las ciencias y artes"<sup>80</sup>; segundo, que, entre 1747 y 1763, ninguno de los premios por ella convocados versó sobre agricultura, estando su contenido muy alejado<sup>81</sup> de las preocupaciones manifestadas en la exposición de motivos del Plan; y, finalmente, que, como ha puesto de relieve J. Goulemot, el objetivo de 1763 consistente en *fomentar en el País la Agricultura, las Artes y el Comercio*, que aparece mencionado en la primera página del *Plan* y que corresponde a unas motivaciones muy concretas —podrían encarnarse éstas en la preocupación por la "pública felicidad" cara

<sup>78</sup> Es la primera de las de esta clase que se menciona en el texto, y el modelo al que se refiere Narros explícitamente (*Elogio...*, cit., p. 40) para explicar la génesis del *Plan* de 1763.

<sup>79</sup> Hay que desechar, desde luego, cualquier pretensión de univocidad en la aproximación histórica al término. V. A. Risco, "Sobre la noción de Academia en el siglo XVIII español", in *Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII*, 10-11, 1983, p. 35-57.

<sup>80</sup> Según el texto de la Provisión Real (*lettres patentes*) transcrito por M. Taillefer, *Une Académie...*, cit., p. 22)

<sup>81</sup> En esos años, los temas propuestos, según la lista suministrada por M. Taillefer (*Une Académie...*, cit., p. 281), fueron los siguientes: *Fixer le temps où les sciences et les arts ont commencé à être cultivés chez les Volces, et marquer les changements qu'ils occasionnèrent dans les mœurs, les coutumes et la religion de ces peuples* (1749); *La théorie de l'ouïe* (1751, 1754, 1757); *L'état des sciences et des arts à Toulouse sous les rois wisigoths, et quelles étaient les lois et les mœurs de cette ville sous le gouvernement de ces princes* (1752, 1755, 1758, 1761); *Déterminer la direction et la forme la plus convenable d'une digue pour qu'elle résiste avec tout l'avantage possible à l'effort des eaux, en ayant égard aux diverses manières dont elles tendent à la détruire* (1753, 1756, 1759, 1762); *Les moyens de reconnaître les contretemps dans le corps humain, et d'en prévenir les suites* (1760, 1763).

a los *ilustrados*, en la variante que Goulemot<sup>82</sup> llama "la situación socio-económica de la región", no es algo que encontremos referenciado en los documentos fundacionales de la Real Academia tolosana<sup>83</sup>. Según refiere M. Taillefer<sup>84</sup>, habrá que esperar, en efecto, a los primeros tiempos de la Revolución francesa para ver proyectada en la ciudad del Garona una *Académie d'Agriculture, du Commerce et des Beaux-Arts*.

Conviene, en cambio, destacar tres elementos en los que advierto ciertas convergencias:

1. La mutualización del conocimiento. Según M. Taillefer, la Academia tolosana fue concebida más que como un centro de investigación como *un établissement d'éducation mutuelle*<sup>85</sup>. Esta mutualización de los conocimientos inspira el *Plan* de 1763, cuando se invoca "aquella admirable disposición de la Providencia" que hizo a los hombres "dependientes de sí mutuamente, así para el trato regular y político, así también para el racional e intelectual". Y más concretamente:

*Manifestaba uno algún descubrimiento o conocimiento adquirido a costa de la más infatigable aplicación, y le hallaba más adelantado y perfeccionado en otro, a quien apenas le mereció el más leve cuidado; y, a la recíproca, proponiendo éste, como enigma indescifrable, una dificultad que se resistió a muchas horas de tarea, la veía resuelta y puesta con la mayor claridad por aquél.*

Es algo más que una proclamación abstracta. Hay ciertamente aquí un deseo concreto, en el que rastreamos una forma de socialización de la amistad, la que - en febrero de 1765 - inspirará a los congregados en Bergara.

2. El talante vulgarizador. Es algo que forma parte de las ambiciones de la Academia tolosana, deseosa de que el resultado de sus trabajos llegase al "público" (*instruire et éclairer le public*)<sup>86</sup>. El *Plan* de 1763 recoge esta misma aspiración, alejándose así de cualquier vano proyectismo:

*Los escritos solos, cualesquiera que sean, nunca pueden producir grande efecto; y se puede observar que todos los que hasta aquí han parecido en punto de Eco-*

<sup>82</sup> Goulemot, "Modelos académicos y singularidad de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País", in *La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y Europa*, cit., p. 80.

<sup>83</sup> La comparación de los estatutos de ambas academias revela, empero, algunas coincidencias, pero también notables diferencias. Sin entrar en los detalles, mencionemos sólo algunos datos relevantes. La Academia tolosana fija, en 1746, el número de sus miembros en 61; la Sociedad Económica dibujada en el *Plan* de 1763 tiene, prácticamente, el doble: 120. En una y otra hay cinco categorías de miembros: Honorarios, Asociados (libres, ordinarios o extranjeros), y Adjuntos, en Toulouse; Honorarios, Extraordinarios, Ordinarios, Asociados y Prácticos, en el *Plan*; en ambos casos el grupo más numeroso es el de los ordinarios: 33 en Toulouse (son, pues, mayoritarios), y 50 en el *Plan* (no forman, por consiguiente, mayoría); hay similitudes formales - como la calidad de "regnícolos" exigida, en las dos academias, a los Honorarios -, pero hay también diferencias significativas en el "perfil" y en la función.

<sup>84</sup> M. Taillefer, *Une Académie...*, cit., p. 1.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 249.

<sup>86</sup> *Ibidem*, p. 248.

nomía han quedado en todos Países en poder de los curiosos, sin pasar al del Público, a quien principalmente se destinaban.

3. La influencia de “la Física”. Según D. Roche<sup>87</sup> el cultivo de la geometría y de las diversas partes de la Física, a que aspira la Academia tolosana, ilustra la fase pre-enciclopédica del movimiento académico en las provincias francesas. En el *Plan* guipuzcoano de 1763, la referencia a la “excelente Obra de las Máquinas Hidráulicas” de Don Pedro Bernardo Villarreal de Berriz<sup>88</sup> sirve para resaltar la importancia de las “reglas de Hidrometría, fundadas en Geometría y Física”, tal como las “aprendieron nuestros Padres con las continuadas experiencias” o tal como pudo darles forma “algún matemático”.

Creo que podemos ver aquí, además, el papel central y sintético que tiene el vocablo *experiencia*, a saber: el conocimiento heredado –es significativo que éste pase por la representación familiar y el parentesco (los “Padres”)–, asociado al conocimiento empírico –el que suministran las experiencias–. Experiencias como las que, en el colegio tolosano, realizaban ante sus alumnos esos otros “padres” jesuitas, al tiempo teólogos, filósofos, físicos y matemáticos, que participaban en las reuniones y trabajos de la *Société des Sciences* de Toulouse.

A modo de conclusión podría, pues, decirse que ciertos indicios permiten aducir razonablemente que, en razón de su paso por el colegio de los jesuitas tolosano y de sus contactos escolares con los profesores que formaban parte de la *Société des Sciences*, así como de la realidad del movimiento cultural urbano y del documentado apoyo municipal que, en 1746, llevan a la transformación de la *Société* en *Académie royale*, Peñafloida regresa a España sabiendo lo que representa el movimiento societario auspiciado por las Luces. El ejemplo suministrado por el apoyo municipal tolosano bien podría explicar, por otra parte, el deseo de conectar el proyecto societario con alguna forma de apoyo local, como el esperado de las Juntas Generales de Villafranca, en 1763.

Pero, en esta fecha, en el momento de llevar a la práctica, en su propio “País” y de manera oficial, un modelo académico o societario adecuado para la consecución de los objetivos propuestos –que presentan un inequívoco perfil socio-económico–, el modelo que suministra información y referencias es un modelo esencialmente *aplicado*, y, por ello, no es, en lo fundamental, el que en Toulouse estaba en gestación durante los años en que nuestro joven vasco cursó estudios en la ciudad francesa. Lo que, desde luego, no quiere decir que el resultado final hubiese sido posible sin el complejo haz de elementos –*ratio studiorum*, subordinación a la *personne sacrée* (el Rey), enseñanzas aplicadas, apertura a la curiosidad y al debate científicos, sociabilidad académica– que constituyen la impronta formativa recibida por el futuro Conde en la *ville rose*.

<sup>87</sup> Citado por M. Taillefer, *Une Académie...*, cit., p. 247.

<sup>88</sup> El caballero de Santiago Pedro Bernardo Villarreal de Berriz había publicado en Madrid, en 1736, un trabajo sobre *Máquinas hidráulicas de Molinos y Herrerías, y Gobierno de los Arboles de Vizcaya*. Hay una edición de la Sociedad Vascongada realizada en 1973.